

Los misioneros se encontraron en aptitud de llevar á otra region de la península su predicacion.

Eligieron la antigua provincia de Maní, así porque Montejo se los rogó expresamente, como por la esperanza de que serian bien acogidos por sus habitantes, que habian sido aliados de los españoles durante la conquista. Aquellos excelentes sacerdotes emprendieron el viaje á pié, descalzos, y sin mas apoyo que el báculo que cada uno llevaba en la mano. Grandes fueron las incomodidades que experimentaron durante su marcha por la estrechez de los caminos y por el calor que se aumentaba con la espesura de la selva y con unas capas de pieles con que tuvieron necesidad de cubrirse para preservar sus hábitos de la maleza y de las espinas. Añádase á todo esto la incertidumbre que debia preocuparlos sobre la manera con que serian recibidos en Maní. Hasta allí habian ejercido su mision en poblaciones, donde la presencia de sus compatriotas, que acababan de sojuzgar el país, era un escudo que los protegía contra el ódio de los fanáticos, que persigue siempre á los apóstoles de una nueva doctrina. Ahora iban á predicar el cristianismo á una region, donde todavía no se habia establecido ningun español, y que aunque habia sido amiga durante la guerra, podria ahora conmovverse contra los que iban á arrojar de sus altares á los dioses patrios.

Pero ninguna de estas consideraciones bastó para detener á los dos franciscanos, los cuales llegaron al término de su viaje con esa fé que acompaña siempre á los que se creen investidos de una mision sagrada. Convocaron desde luego á los señores principales de la provincia, invocando acaso el nombre del Adelantado, que tenia allí el doble carácter de jefe de la colonia y encomendero. Por esta razon probablemente ninguno dejó de acudir á la cita, y luego que todos estuvieron reunidos, Villalpando, segun costumbre, pronunció en lengua maya un discurso, en que despues de exponer bre-

vemente los principios de la nueva religion, pidió que se le construyese una iglesia y un convento, en que pudiese catequizar mas cómodamente á sus oyentes. No se negaron los caciques á esta exigencia, que como se recordará, les habia sido previamente recomendada por Montejo, y al dia siguiente los misioneros presenciaron un espectáculo bastante extraño para un europeo. Dos mil indios se presentaron en Maní, y habiéndose distribuido mutuamente el trabajo y salido del pueblo por algunas horas, volvieron luego, trayendo palmas de *guano*, madera y *vejucos*, que acababan de cortar en los bosques vecinos. En seguida se pusieron á construir su obra, y cuando llegó la noche, ya los religiosos tenian iglesia y habitacion, sin que en fábrica tan singular se hubiese empleado un solo clavo, ni material alguno que costase un óbolo á nadie.

Tenian lugar estos sucesos en los últimos dias del año de 1547, y cuando comenzó el siguiente ya los franciscanos habian comenzado su propaganda, empleando los mismos medios que en Mérida y Campeche. Consiguieron muchos niños á quienes educaban en su convento y predicaban en público para atraerse á los adultos. Parecia que el cielo bendecia ya sus esfuerzos, porque los gentiles, en vez de irritarse contra estos innovadores del culto nacional, comenzaban á escucharlos con atencion y algunos habian ingresado ya al seno del cristianismo. Pero entónces ocurrió un incidente que por poco hace terminar de una manera trágica una obra comenzada bajo tan felices auspicios. Se asegura que solicitaron el bautismo algunos señores que poseian esclavos, y que Villalpando les respondió que solo se los administraria en el caso de que se deshiciesen de aquellos desgraciados, dándoles la libertad. Pronunció con este motivo un discurso contra la esclavitud—conducta que no dejaba de ofrecer un extraño contraste con la que ántes habian observado sus compatriotas, los conquista-

dores—y los indios, temiendo que estas doctrinas sublevasen á sus siervos, resolvieron asesinar á los que las predicaban. Los religiosos tuvieron noticia de lo que se intentaba por un conducto, que Cogolludo no vacila en llamar milagroso.

Uno de los niños que se educaban en el convento, preguntó repentinamente un día á Villalpando si la vida era preferible á la muerte ó al contrario. La pregunta parecia extraña en los labios de un niño de pocos años, y el misionero á quien llamó fuertemente la atencion, respondió:—la vida es preferible (4).—Pues si deseas conservar la tuya—repuso el muchacho—es necesario que huyas. Algunos señores han resuelto tu muerte, y en la noche de hoy quemarán tu iglesia y tu convento para que perezcas bajo las llamas. Grande impresion debió causar esta noticia en el ánimo del religioso, porque por mucho que se aspire á la palma del martirio, siempre hace temblar á cualquier mortal la proximidad de la muerte. Pero se revistió de serenidad á los ojos de su discípulo, y le despidió diciéndole que volviese al día siguiente al convento, donde no le faltarian motivos para admirar los efectos de la proteccion divina.

Corrió en seguida á buscar á su colaborador y le refirió lo que acababa de averiguar. Tembló Benavente ante el género de suplicio que le preparaban los idólatras; pero Villalpando le fortaleció, diciéndole que el martirio era el término mas glorioso de la vida de un misionero. Corrieron ámbos á su pobre iglesia, se confesaron mutuamente, y despues de haber pasado todo el dia en oracion, se encerraron en su choza de paja, resueltos á aguardar en ella la muerte. Sosteníanse en su entereza, recordando algunos pasajes de la Biblia y otros de la vida de los mártires, análogos á su situacion.

(4) Cogolludo intenta disculpar con algunas sutilezas esta respuesta del misionero, que segun parece, no es muy conforme á las doctrinas teológicas.

Transcurrió la primera mitad de la noche en un silencio absoluto. Pero cuando los frailes comenzaban tal vez á hacerse la ilusion de que los indios habrian abandonado su intento, dejóse oír una gritería inmensa que se aproximaba á la choza, la cual no tardó en hallarse cercada por un gran número de los asesinos. Estos traian en sus manos arcos, flechas, espadas y teas encendidas, que iluminaban con resplandores siniestros el lugar de la escena. Los misioneros que todo lo veian al través de la empalizada, con que estaban formadas las paredes de su choza, cayeron de rodillas, cada uno con una cruz en la mano, esperando verse de un momento á otro, circundados de llamas. Llegó á sus oidos un catálogo de improperios, con que se les insultaba ántes del suplicio, y la palabra *embusteros* era la que generalmente resonaba entre las otras. Pero repentinamente cesó todo ruido, la luz de las teas dejó de colarse por las rehendijas, y la calma se restableció en rededor de la cabaña.

Los religiosos estaban ya dispuestos á creer en algun milagro de la providencia, cuando oyeron pisadas de caballos y en seguida algunas voces españolas, entre las cuales distinguieron sus nombres. Abrieron apresuradamente su puerta y se encontraron con un destacamento de sus compatriotas, cuya aproximacion, sentida sin duda por los indios, habia motivado su retirada. Villalpando quiso saber el motivo que obligaba á viajar á esta fuerza, y supo del *caudillo* (5) que pocos dias ántes habia circulado en Mérida la noticia de que los indios de *Petú* (6) se habian sublevado, y que con este motivo D. Francisco de Montejo le habia ordenado que pasase á aque-

(5) Así se llamaba en aquella época, segun Cogolludo, al jefe de cualquier destacamento que salia á campaña, cualquiera que fuese el número de soldados de que se componia.

(6) Tal era el nombre indígena de la villa conocida hoy con el nombre de Peto.

lla poblacion para reducirla al orden. Hay de particular en este episodio que la sublevacion de Petú resultó falsa y que el jefe que conducia la fuerza habia tomado la vía de Maní, que no es ciertamente la usual, sin saber él mismo el motivo. Mal conocería el espíritu de la época de que hablamos, el que no comprendiese que desde luego se atribuyó á milagro, la intervencion directa que la providencia parecia haber tomado en favor de los religiosos.

Al dia siguiente de este suceso, el caudillo dió cuenta al Adelantado de lo que pasaba, y entretanto se quedó en Maní, porque los autores del tumulto y sus cómplices habian corrido á ocultarse en los bosques y en las montañas vecinas (7). Además, todo el pueblo parecia sustraído á la obediencia del gobierno español, porque habiendo tocado Villalpando la campana para llamar á sus discípulos, no vino ninguno de los que acostumbraban concurrir á sus pláticas. Solamente se le presentó el niño que le habia revelado el complot, el cual corrió á abrazarle, felicitándole de haber escapado del peligro, que habia corrido la noche anterior.

Montejo ordenó que fuesen aprehendidos los jefes principales del tumulto y que se le enviasen á Mérida para ser juzgados. No hubiera sido fácil cumplir con la primera parte de esta orden, si no hubiese prestado su cooperacion un cacique llamado *Kukum Xiv*, que probablemente sería hijo ó hermano del que seis años antes se habia sometido voluntariamente al yugo español. Veinte y siete fueron reducidos á prision, y el caudillo con una mitad de su fuerza los condujo á Mérida, temeroso de que si fiaba á otro su guarda, podian fugarse. Villalpando dejó á Benavente en Maní y siguió á los presos,

(7) Lizama, citado por el mismo Cogolludo, cree que los sucesos de que venimos hablando, tuvieron lugar en Oxkutzcab. Este refugio que los autores del tumulto buscaron en la sierra, sería la única razon, bien débil por cierto, para creer en la probabilidad de esta version.

porque habia formado en su imaginacion un proyecto para captarse las simpatías de los indios.

El tribunal, á cuyo conocimiento se sujetó el asunto, condenó á los delincuentes á ser quemados vivos. Este terrible suplicio, desconocido en la legislacion penal de los mayas, fué cruelmente calculado para infundir terror en la raza conquistada. Felizmente no se trataba mas que de una comedia, concertada de antemano entre el misionero y el Adelantado, que nunca fué ciertamente amigo de erigir cadalsos. Encendióse una hoguera inmensa en la plaza principal de Mérida, y los sentenciados fueron conducidos ante ella, luego que se les sacó de la cárcel. Pero Villalpando se arrojó en este momento á los piés de Montejo, y en voz alta, para que todos lo oyesen, pidió la vida de los que habian intentado asesinarle. El jefe de la colonia fingió resistirse por algun tiempo á este acto de clemencia; pero aparentando al fin acceder á los ruegos del que le importunaba, ordenó que le entregaran los presos para que hiciera de ellos lo que quisiese. Villalpando se los llevó á su convento, desató las cuerdas con que hasta entónces se hallaban atados, les dió de comer espléndidamente y en seguida los despachó para su pueblo, diciéndoles que quedaban en completa libertad.

Ignoramos si los agraciados acertaron á penetrar nunca la farsa de que habian sido objeto. Pero Cogolludo asegura que llegaron á Maní, publicando que el padre Villalpando era un santo, pues en vez de pedir justicia contra ellos, habia solicitado su indulto. Este incidente cambió completamente el ánimo de los indios, y cuando el comisario volvió á aquella region del país, fué recibido con señales de amor y gratitud. Los catecúmenos volvieron á asistir á sus pláticas, los dueños de esclavos comenzaron á deshacerse de ellos, dándoles la libertad, y el agua del bautismo corrió con abundancia en aquella antigua tierra de infieles. El cacique se inscribió en el

registro parroquial con el nombre de D. Francisco Xiu, como un homenaje que tributaba al jefe de la conquista.

Cuando mas entretenidos se hallaban Villalpando y Benavente, en el desempeño de su mision, presentáronse en Campeche otros seis franciscanos, que enviaba á Yucatan el comisario general de la órden, que residia en México. Villalpando dejó á su compañero en Maní, y á pié y descalzo, segun acostumbraba, salió al encuentro de sus hermanos. Encontrólos á las inmediaciones de aquella villa, y juntos todos se vinieron á Mérida, desde donde debian repartirse á predicar por toda la tierra, prévio el estudio de la lengua maya.

Sin perjuicio de ocuparnos mas adelante de algunos trabajos de estos nuevos misioneros, volvamos ahora los ojos al gobierno civil de la colonia, donde por aquella época acontecieron sucesos que no carecen de importancia.



CAPITULO V.

1549-1559.

Residencia del Adelantado Montejo.—Causas que la motivaron.—Es despojado del gobierno.—Pasa á España, donde le sorprende la muerte.—Reclamaciones que entablan sus herederos contra la corona.—Su éxito.—Administracion de varios alcaldes mayores.—Sucesos notables de su época.—Los hermanos Pacheco y Zapata.—Singular penitencia que les impone el papa.

Corria el año de 1549, cuando desembarcó en Campeche un personaje, que causó honda sensacion en la colonia. Era el licenciado Santillan (1), oidor de la real audiencia de México, el cual traia la mision especial de residenciar á D. Francisco de Montejo, padre, por todo el tiempo que habia gobernado á Yucatan. Luego que el Adelantado tuvo noticia de su llegada, dispuso que su hijo y otros vecinos principales de Mérida, pasasen á aquel puerto á cumplimentarle. El oidor recibió con modales llenos de cortesía, á estos comisionados, y en union de ellos se dirigió á la capital de la colonia. Pocos dias des-

(1) Lizama llama *Herrera* á este licenciado, el primero acaso que pisó esta tierra, porque como recordará el lector, estaba vedado á los de su profesion, pasar á las Américas. Cogolludo dá buenas razones para creer que tenia el nombre que le hemos dado en el texto.